

Josep M. Sayeras Maspera*

EL CAPITALISMO HA MUERTO, ¡VIVA EL CAPITALISMO!

La actual crisis económica y financiera ha implicado un debate sobre qué sistema económico debería ser el imperante. ¿Debería ser el capitalismo? O por el contrario, ¿tendría que buscarse un sistema nuevo? El autor repasa dicho concepto desde sus inicios para intentar encontrar, si fuera posible, sus elementos irreductibles porque el «capitalismo» es uno de los términos más usados, tanto coloquial como científicamente en los últimos tiempos; pero, ¿se sabe, a ciencia cierta, qué es el capitalismo? ¿Existe un único sistema capitalista? Posteriormente, analiza si esos elementos son caducos o sobrevivirán el presente envite.

Palabras clave: historia del pensamiento, macroeconomía y economía monetaria, sistema capitalista.
Clasificación JEL: B30, B31, E00, P1.

¿Por qué tenemos que dedicar tanto tiempo al estudio de los pensadores pasados si en la actualidad sabemos mucho más que ellos? Básicamente porque «ellos» son lo que sabemos.

T. S. Elliot

1. Introducción

La actual crisis económica y financiera ha comportado la aparición en paralelo de un debate sobre cuál es el mejor sistema económico o cuál debería ser el que se adoptara a partir de ahora. La discusión sobre el futuro del capitalismo se ha realizado en numerosas plataformas y foros. Las conclusiones han sido muy dispares; casi tanto como el diagnóstico sobre los «culpables» de la crisis. Sin embargo, y en honor a la verdad, cabe decir que la controversia no es en absoluto novedosa.

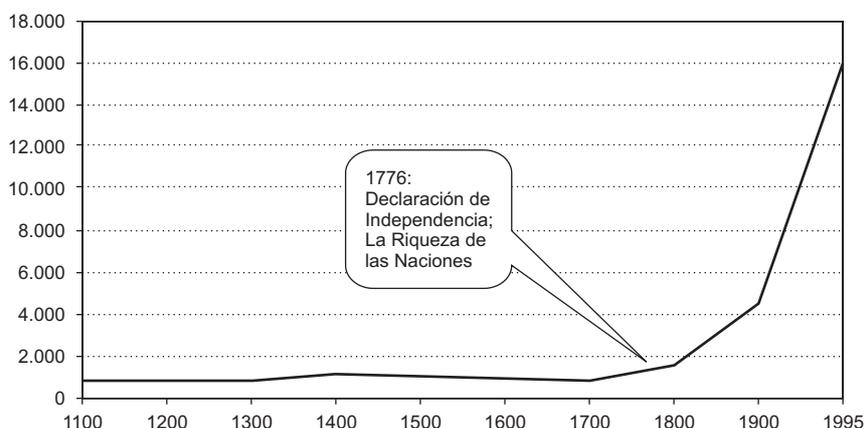
En 1976, para no remontarse muchos tiempo atrás, en medio de la crisis energética y de la inflación recesional, Michael Harrington publicó un libro titulado *The Twilight of Capitalism*¹ —dedicado a Karl Marx— donde explicaba que la crisis de los años setenta sería el fin del capitalismo. En esa misma época, Paul M. Sweezy —profesor de Harvard— junto con Harry Magdoff —editor de la revista *Monthly Review*— aseguraron igualmente que el capitalismo estaba en su declive en *The End of Prosperity* (1977). Evidentemente estas predicciones no se cumplieron. Más recientemente, David Schweickart (1996), sugirió que se desarrollaría alguna forma de *democracia económica*² después de que el capitalismo se hubiera agotado.

¹ Por cierto, el uso del término *Twilight* no es baladí. Sin ir más lejos, B. KAGARLITSKY escribió *The Twilight of Globalization: Property, State and Capitalism* (1999), con predicciones parecidas sobre el fin del capitalismo.

² La democracia económica es un movimiento socio-filosófico que sugiere la transferencia del poder de decisiones desde una minoría de

* Profesor titular del Departamento de Economía de ESADE. Universitat Ramon Llull.

GRÁFICO 1
 RENTA REAL PER CÁPITA EN EL REINO UNIDO (1100-1995)



FUENTE: WIMMER, L., Brigham Young University.

Este artículo pretende analizar la evolución del capitalismo así como sus distintas «muertes» y «resurrecciones» para intentar dilucidar qué sucederá en un futuro próximo.

2. 1776, el año de los sueños: los orígenes

La historia de la Economía Moderna empieza en 1776. Anteriormente, los humanos luchaban por su supervivencia y su vida había cambiado relativamente poco desde el principio de los tiempos hasta esa fecha, económicamente hablando. Entonces comenzó una período conocido como el *Siglo de las Luces*³ que transformó totalmente su vida para siempre (véase Gráfico 1).

El 4 de julio de 1776 Thomas Jefferson proclamaba «la Vida, la Libertad y la Búsqueda de la Felicidad»⁴

como bienes inalienables en la Declaración de Independencia Americana. Sólo unos cuantos meses antes —el 9 de marzo— los impresores londinenses William Strahan y Thomas Cadell publicaban un trabajo de más de 1000 páginas en dos volúmenes bajo el título de *Una Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones* (*An Inquiry unto the Nature and Causes of the Wealth of Nations*). El autor era el Dr. Adam Smith, un tranquilo y distraído profesor que enseñaba «filosofía moral» en la Universidad de Glasgow.

La economía es hoy una ciencia cuyo objeto parece alejado de la actual filosofía, pero no siempre fue así. En sus inicios, Smith, Hume, Malthus, Mill... cultivaban, como se verá, de forma indisociable la ciencia económica y la filosofía moral. Adam Smith tenía en mente un proyecto sistemático de filosofía social que inició con la *Teoría de los Sentimientos Morales* (*Theory of Moral Sentiments*, (1759)), aunque la fama de *La Riqueza de las Naciones* y la no finalización del mismo, han diluido a los ojos de la opinión pública ese objetivo; puesto que dicho libro era sólo una parte de

accionistas (*stockholders*) a una mayoría, mucho mayor, de partes interesadas (*stakeholders*).

³ *Enlightenment*, en inglés o *L'Age des lumières*, en francés.

⁴ *Life, liberty and the pursuit of hapiness*.

ese ambicioso proyecto sobre «los principios generales del derecho y del gobierno».

Sin embargo, ese «fragmento» era enormemente relevante para el autor dado que las ciudades portuarias y el comercio fueron parte integral de su vida. Adam Smith nació en Kirkcaldy, en la costa este de Escocia —cerca de Edimburgo—, en junio de 1723. Desgraciadamente ese mismo año moría su padre. Adam Smith —junior— parecía destinado, como el resto de tocayos, a ser un estudioso del comercio y un agente de aduanas (West, 1976). Su padre, que también se llamaba Adam Smith, fue un agente de aduanas en Kirkcaldy. Su tutor legal, casualmente también llamado Adam Smith, fue un recaudador de aranceles en la misma ciudad, y su primo sirvió como inspector de aduanas en Alloa. El nombre del primo, como habrá deducido el lector/a no era otro que Adam Smith.

Al analizar un pensador o su obra, es imposible susstraerlo de la época en que vivió; por esta razón, debe tenerse muy presente su contexto histórico. Uno de los principales objetivos de Adam Smith al escribir *La Riqueza de las Naciones*, era refutar la visión dominante en la economía de la época. Ésta estaba dominada por la teoría mercantilista cuya piedra angular se basaba en la afirmación de que el crecimiento de las naciones tenía que ser depredador, agresivo, puesto que la riqueza era un juego de suma cero —lo que obtiene una nación es lo que pierden las otras—. Sin embargo, para Smith las claves eran la producción y el intercambio. Pero ¿qué podría provocar ese incremento de producción si no la captación depredadora de los recursos? La respuesta se encontraba en una nueva técnica de *management*: la división del trabajo; con ella, podría expandirse el mercado a través del comercio mundial. Y no sólo eso, sino que implicaría a su vez que la especialización y la división del trabajo también podían expandirse, y así, sucesivamente. Por tanto, a través de ese aumento en la productividad, la frugalidad de las personas y el trabajo duro de los individuos, la producción mundial podía incrementar. Así, la riqueza ya no era una cantidad fija y los países podían crecer sin dañar o explotar a los otros. Pero, ¿cómo se

conseguiría que los hombres maximizaran la producción y el intercambio y, de esta manera, aumentar la opulencia universal? ¿Qué fuerza motriz llevaría a la humanidad hacia aquella senda? Adam Smith tenía una respuesta simple: dando a las personas libertad económica; lo que el denominó «el principio de libertad natural» —o lo que posteriormente se ha entendido, a veces malintencionadamente, como «dejar el sistema de mercado a sus propios instrumentos»—.

Sin embargo, Smith distinguía entre dos impulsos naturales —la simpatía y el egoísmo—, ambos dirigidos a la felicidad. Uno —el egoísmo— surge tras el cálculo racional, tras la valoración de consecuencias positivas y negativas. Éste sería el sentimiento interesado, el verdaderamente utilitarista. El otro —la simpatía— surgiría inmediatamente antes de cualquier cálculo, como reacción directa de la naturaleza humana ante cualquier situación.

En *La Riqueza de las Naciones* es el egoísmo, inherente a la naturaleza humana, el que está en la base de toda la iniciativa económica, de modo que su fuerza de autosatisfacción realiza conscientemente el bien económico, la armonía y el progreso social. La obra es, en ese sentido, un gran monumento a la libertad del individuo con pasajes sumamente ilustrativos como «todo hombre, con tal que no viole las leyes de la justicia, debe quedar perfectamente libre para abrazar el medio que mejor le parezca para buscar su modo de vivir, y sus intereses; y que puedan salir sus producciones a competir con las de cualquier otro individuo» (Smith, 2000 [1776])⁵; o el archiconocido de «no es la bondad del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino su egoísmo; (...) ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas» (Smith, 2000 [1776])⁶. Por tanto, la Regla de Oro de Smith es

⁵ «Every man, as long as he does not violate the laws of justice, is left perfectly free to pursue his own interest his own way, and to bring both his industry and capital into competition with those of any other man, or order of men» (SMITH, 2000: 745).

⁶ «It is not from the benevolence of the butcher, the brewer, or the baker, that we expect our dinner, but from their regard to their own interest. We address ourselves, not to their humanity but to their self-love,

que uno sólo puede ayudarse a sí mismo, ayudando a otros; y todo esto a través del mecanismo de la competencia.

Del mismo modo, en la *Teoría de los Sentimientos Morales* es la simpatía, sentimiento igualmente inherente a la naturaleza humana, el que está en la base de toda la conducta moral, de manera que su fuerza generosa, neutral, realiza inconscientemente el bien del propio individuo al hacer posible la vida social.

Por tanto, la libertad individual junto con la sabiduría inscrita en la condición humana, es la que espontáneamente decide lo justo o lo injusto, contribuyendo de esta forma no sólo al bienestar del individuo sino a la armonía de la sociedad. Ello se hace patente en las célebres palabras donde manifiesta que «[el individuo] es conducido como por una mano invisible a promover un fin que nunca tuvo parte en su intención. Ni es contra la sociedad el que este loable fin no sea por todos premeditado, porque siguiendo el individuo por un camino justo y bien dirigido hacia las miras de su interés propio, promueve el del común con más eficacia a veces, que cuando se piensa en fomentarlo directamente» (Smith, 2000 [1776])⁷. Sin embargo, esa búsqueda de la felicidad a través de un cálculo racional, tras la valoración, tras la representación imaginaria de consecuencias positivas y negativas es coherente sólo por un principio optimista de que todos los impulsos del individuo, aunque espontánea y directamente estén destinados a la anarquía, acabarán interaccionando globalmente de tal forma que el resultado sea un orden armonioso.

En resumen, Smith pensaba que un sistema económico bajo las condiciones de la «libertad natural» y la competencia llevarían a una economía menos regulada

y más próspera. En consecuencia, esos tres ingredientes —libertad, competencia y justicia— conducirían a una armonía natural de intereses entre los trabajadores, los terratenientes y los capitalistas. Su doctrina, basada en el famoso pasaje de *La Riqueza de las Naciones*⁸, de la «mano invisible»⁹ será una metáfora popular para el capitalismo de mercado sin regulación. No obstante, ello no implica la eliminación del Estado puesto que tenía que cumplir una serie de obligaciones sin las cuales el sistema se vería abocado al desastre¹⁰.

David Ricardo es la figura más enigmática y en algunos aspectos la más polémica en la historia de su disciplina (Galbraith, 1987). Enigmática, porque la naturaleza y la profundidad de su influencia sobre el tema están lejos de resultar claras; y polémica, porque dicha influencia prestó maravillosos servicios a quienes, en opinión de muchos, no lo merecía —especialmente a Marx y los marxistas—.

David Ricardo creó una nueva manera económica de pensar, lejos del modelo de crecimiento *armonioso* de Adam Smith y cerca de un modelo *distributivo* antagonista, en el que trabajadores, terratenientes y capitalistas lucharían por las rentas de la economía. En su visión, si los terratenientes y capitalistas obtenían un trozo mayor del pastel, los trabajadores obtenían menos; y viceversa. Además, existía una relación negativa entre los salarios de los trabajadores y los beneficios de los capitalistas: el denominado *Teorema Fundamental de la Distribución*. No sólo eso sino que los salarios eran el precio necesario para permitir a los trabajadores subsis-

and never talk to them on our own necessities but of their advantages» (SMITH, 2000: 15).

⁷ «[he] intends only his own gain, and he is in this, as in many other cases, led by an invisible hand to promote an end which was no part of his intention. Nor is it always the worse for the society that it was no part of it. By pursuing his own interest he frequently promotes that of the society more effectually than when he really intends to promote it» (SMITH, 2000: 485).

⁸ «By pursuing his own self interest, every individual is led by an invisible hand to promote the public interest».

⁹ Sorprendentemente, A. Smith usó la expresión «mano invisible» sólo tres veces en sus escritos; y sólo una en *La Riqueza de las Naciones*.

¹⁰ En *La Riqueza de las Naciones* A. Smith establece la necesidad de un Estado fuerte para «(1) the need for a well-financed militia for national defense; (2) a legal system to protect liberty and property rights, and to enforce contracts and payment of debts; (3) public workd - roads, canals, bridges, harbors, and other infrastructure projects; and (4) universal public education to counter the alienating and mentally degrading effects of specialization under capitalism» [SMITH, 2000 (1776): 104].

tir y perpetuar su raza, sin aumento ni disminución (Ricardo (1996) [1817]); esta idea ha sido conocida como la Ley de Hierro de los Salarios. Y de esa ley dominante provenía la convicción de Ricardo de la pobreza inevitable de quienes viven bajo el capitalismo, y de la futilidad y error de cualquier acción correctora. Así que no dudó en expresarlo en las siguientes palabras: «Como todos los demás contratos, los salarios deben quedar librados a la justa y libre competencia del mercado, y nunca deberían someterse a la interferencia de la legislatura» (Ricardo, 1996 [1817]: 105).

En conclusión, Ricardo enfatizó el conflicto de clases mientras que Smith puso el acento en la «armonía natural» de intereses.

3. 1848, el año de la revolución: las primeras crisis

Otra fecha clave en esta pequeña historia del capitalismo es 1848. Fue un año de revoluciones y protestas masivas en la Europa continental; Karl Marx y Friedrich Engels escribieron su tratado revolucionario, el *Manifiesto Comunista*; y John Stuart Mill publicaba su libro *Principles of Political Economy*. La preocupación principal de la época era explicar las leyes de distribución del producto social entre las clases y cómo esas leyes regían los procesos económicos del mercado y, en general, los movimientos sociales.

John Stuart Mill volvió a formular el sistema clásico en una versión más reflexiva y exacta que la de Smith y Ricardo, y se adhirió a la defensa del utilitarismo —la maximización del placer o de la felicidad podía conseguirse con la maximización de la producción de bienes, y la máxima felicidad para el máximo número; serían dos de sus leyendas— que habían asumido su padre y Jeremy Bentham (Galbraith, 1987).

Una de las principales aportaciones del libro de Mill era que las leyes de producción estaban objetivamente determinadas, mientras que las de distribución eran variables. Para él, la producción, como venía dirigida por leyes técnicas, no tenía que intervenir en la economía política sino sólo como una restricción predeterminada.

En cambio, la distribución, en tanto que regida por leyes sociales sujetas al control humano, constituía el núcleo de la materia, dado que era mucho más fácil cambiar la distribución de los ingresos y la riqueza que superar las limitaciones técnicas de la producción. Asimismo, creía que el sistema clásico era brutalmente injusto, pero que habría que mejorar; ¡¡hasta los capitalistas se volverían más bondadosos!! Su conclusión final fue que se establecería un equilibrio más benévolo en el cual todos —patronos y empleados— sobrevivirían con cierto bienestar y satisfacción.

El Estado tenía que cumplir, según Mill, una doble función estabilizadora. Por un lado, tenía por obligación llevar una política fiscal que permitiera invertir los impuestos recaudados en proyectos socialmente beneficiosos; y del otro, fomentar las exportaciones para impedir un descenso de la tasa de beneficios. Además, tenía que promover la inversión en el exterior para obtener materias primas y alimentos a bajo coste para la metrópoli.

Cuando se habla de Karl Marx, uno de las principales cuestiones se plantea con el insoluble problema de cómo unir y distinguir a la vez lo que pensó el propio Marx y lo que ha sido su influjo intelectual y político.

Paradójicamente, Karl Marx nunca puso en tela de juicio las realizaciones productivas del sistema capitalista. Es más, formuló elogios como al escribir que «durante la hegemonía de apenas cien años, ha creado fuerzas de producción más sólidas y colosales que las de todas las generaciones juntas» (Manifiesto Comunista, 2005 [1848]: 10). Sin embargo, es recordado por sus ataques a los puntos vulnerables del sistema capitalista. Uno de ellos es la distribución del poder entre los distintos agentes; cuestión que había sido ignorada por los economistas «clásicos». Otra distribución desigual, a tenor de las ideas de Marx y Engels, era la de la renta; que si bien la tradición clásica explicaba, no conseguía justificarla convincentemente. Finalmente, otro aspecto a destacar era la susceptibilidad del capitalismo a la crisis y al desempleo.

La tradición clásica había postulado, como se ha visto, un equilibrio. Según esta tesis, las relaciones básicas entre patronos y trabajadores, entre la tierra, el capital y el trabajo, nunca se modificaban. Podían producirse cambios en la oferta de mano de obra y de capital pero sólo para determinar a su vez un nuevo equilibrio análogo. El poder era, para Marx, un factor ineludible de la vida económica. Su origen residía en la posesión de bienes, y por ello era atributo natural del capitalista. En ese sentido, aceptar la propiedad privada como un dato, y partir del mismo implicaba hacer frente a la siguiente dicotomía. Por una parte, toda la miseria que pudiera derivarse de la misma habría de verse como contingente, como efecto de algún fallo de funcionamiento y por tanto, éste era controlable y corregible. En caso contrario, era vista como un mal necesario y como tal se tendría que aceptar.

Marx se dedicará a mostrar su necesidad, por un lado; y su descontrol por el otro, porque de esta manera se ponía en cuestión la propiedad privada. Si ésta va necesariamente acompañada de la miseria de los hombres y no es posible corregirla, su legitimidad queda negada, y por tanto, amenazada en su existencia contingente.

La primera necesidad importante derivada de la producción en sociedad será la división del trabajo, en la que Marx apoyará toda su teoría. División del trabajo que en sus orígenes tendría carácter técnico —al igual que Mill—, es decir, correspondería a las cualidades de cada uno y sin que implicara ningún privilegio, pero que en su desarrollo acabaría desembocando en la propiedad privada y aliándose con ella. Es decir, a partir de ese momento, la división del trabajo, el lugar que cada uno ocupa en la producción, vendría determinado fundamentalmente por su relación con los medios de producción, o sea: por su propiedad o no propiedad de los mismos. Del mismo modo, en función de esa relación se determinará su mayor o menor participación en el producto social.

Paralelamente a la extraordinaria desigualdad en la distribución del poder tiene lugar una distribución sumamente desigual de la renta, el segundo de los argumentos críticos de Marx.

El tercero se refería a las crisis del capitalismo. En este caso, la historia de la humanidad puede verse, según este autor, como una sucesión de fases en las que se pasa de un momento de adecuación entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, a otro en el que entran en conflicto, en el que las relaciones devienen un freno, un obstáculo que origina conflictos y, en última instancia, revoluciones sociales. Dado que las fuerzas productivas tienden a crecer continuamente y las relaciones de producción a permanecer invariables, esa dialéctica se hace inevitable.

La historia tiene una razón, una ley: camina hacia formas de producción que posibiliten al hombre satisfacer sus necesidades, es decir, liberarse. Las diferentes formas históricas de la propiedad tienen una lógica: su estudio podría servirnos para conocer hacia dónde camina el presente, cuál será la forma de propiedad en el futuro. Las diferencias entre Marx y Smith en este punto radican en su visión opuesta de la historia. Según el punto de vista de Smith, la historia era una sucesión de etapas por las que la humanidad transitaba; para Marx, era una continua lucha entre clases sociales.

En resumen, el modo de producción del capitalismo industrial lleva la propiedad privada a la necesidad, lógica y moral, de su propia superación, que ocurrirá inexorablemente, no sólo a la larga, por la rebelión de los pauperizados proletarios, elevándose a transitoria dictadura antes de abolir el Estado, sino también por presión horizontal de la competencia, que va dejando fuera de combate cada vez a más empresarios (incluso la conquista del Estado, el viejo enemigo, realizada por el neo-capitalismo en nuestros días, probablemente no habría pasado de parecerle a Marx, si la hubiera previsto, un recurso para ganar tiempo). No obstante, el sistema capitalista ha resistido; como mínimo hasta la fecha.

4. 1929: ¿La Crisis de todas las Crisis? o el año de los economistas

El crecimiento económico y la expansión del capitalismo implicaron la extensión y el perfeccionamiento de los instrumentos que canalizaron los fondos monetarios hacia la inversión y la generación de negocios. La banca, tanto la comercial como la industrial, y la bolsa son dos organizaciones básicas para entender el nexo del desarrollo industrial con el financiero. Durante todo el Siglo XIX se produjeron cambios en la estructura y en la legislación bancaria para hacer los bancos más potentes y más eficaces en la captación de recursos y en la canalización de inversiones. Asimismo empezaron a crearse los bancos nacionales.

¿Qué sistema monetario era el ideal? ¿Qué debía caracterizar un sistema bancario sólido? Estas cuestiones, hoy de rabiosa actualidad, empezaron a formularse a principios del siglo pasado a raíz de las crisis económicas y financieras del Siglo XIX. Sin embargo, el economista Irving Fisher, en los años 20, sugirió que los ciclos económicos se habían terminado puesto que se había entrado en una «nueva era» de prosperidad permanente basada en la producción industrial y el desarrollo de la bolsa. En octubre de 1929, una semana antes del crash bursátil hizo una sorprendente declaración, «las acciones parecen haber llegado a una permanente meseta»¹¹.

No obstante, esa visión no era unánime en la profesión. Durante los años veinte hubo una escuela económica que predijo la crisis. Concretamente, Mises y Hayek argumentaron, contrariamente a Fisher, que la inflación monetaria y las políticas monetarias laxas son inestables y crean desajustes estructurales en la economía que, tarde o temprano, tiene que ajustar. ¿La historia se repite?

5. 1936: «Todos somos keynesianos»

El comportamiento de los inversores; concretamente su mal comportamiento, provocó la crisis de 1929. Al

menos eso pensaba John Maynard Keynes que se quejó que los «animals spirits» —sensaciones irracionales a corto plazo— de los especuladores, en su preferencia por la liquidez en períodos de «turbulencias», habrían provocado las ventas masivas de acciones y con ellas el crash. Probablemente por esta razón, en *La Teoría General* esbozó un modelo macroeconómico basado en una hipótesis de inestabilidad financiera. Algunos autores hacen hincapié en que la inquina dominó su lógica puesto que en el período 1929-1933 vio como se destruía su portafolio sin ninguna causa racional (Skousen, 2007), hasta el punto de denominar la demanda «irracional» de efectivo que se produjo en Wall Street como «fetiche de liquidez» (*fetish of liquidity*) (Keynes, 1997 [1936]: 155).

Además, el factor clave que provoca una depresión es, según Keynes, la desconexión entre los ahorros y la inversión. Si los ahorros no se invierten, el gasto total en la economía caerá por debajo del pleno empleo. Por el contrario, si los ahorros se acumulan o se dejan como reservas bancarias de forma excesiva, como sucedió en los años 30, la huida hacia la liquidez implicará una disminución de la renta nacional. En consecuencia, Keynes argumentaba que los ahorros no invertidos eran la principal amenaza para la renta y, por tanto, para el desarrollo del capitalismo.

Keynes rechazó la noción clásica que el sistema capitalista llegaba por sí solo al equilibrio en el largo plazo sin ningún tipo de intervención externa. Escribió *La Teoría General (The General Theory of Employment, Interest and Money, 1936)* para crear un modelo basado en la idea que el sistema de mercado era inherentemente inestable e imperfecto. Según Keynes, la inestabilidad del capitalismo podía provocar que quedara anclado indefinidamente a un equilibrio con desempleo, dependiendo del nivel de incertidumbre de un sistema financiero frágil. En estas situaciones, el Estado tenía que intervenir. Por esta razón, Keynes es conocido como el padre de la idea de una «economía mixta» (Heilbroner, 1999). Este pensamiento tuvo un éxito clamoroso en las décadas posteriores hasta el punto que Milton Fried-

¹¹ «stocks appear to have reached a permanent plateau».

man, padre del monetarismo, exclamó «Ahora somos todos keynesianos» —probablemente esta afirmación se podría repetir en nuestros tiempos—.

Sin embargo, a medida que este «nuevo» capitalismo se fue desarrollando en distintas sociedades, adoptó diferentes formas organizativas y administrativas. Asimismo, las instituciones formales e informales, en el sentido de Douglass North (1990) eran distintas. Por ejemplo, la *Soziale Marktwirtschaft* del ministro Erhard (República Federal Alemana) no tiene nada que ver con el *Fair Deal* de Truman (Presidente de los Estados Unidos).

La *Soziale Marktwirtschaft* (Economía Social de Mercado) se ha constituido en un paradigma para la mayoría de los países de Europa. Su popularidad se debe al «milagro económico» que lograron la República Federal Alemana y Austria con la aplicación de sus principios. La plasmación de ese encanto puede observarse en los Objetivos del Tratado por el que se establece una Constitución para Europa. En ellos, la *Soziale Marktwirtschaft* aparece como uno de ellos, de forma explícita y todo el texto rezuma implícitamente dicha filosofía.

«La Unión obrará en pro del desarrollo sostenible de Europa basado en un crecimiento económico equilibrado y la estabilidad de los precios, una *economía social de mercado* competitiva, tendente al pleno empleo y al progreso social, y en un nivel elevado de protección y mejora de la calidad del medio ambiente» (Art I-3.2; Tratado por el que se establece una Constitución para Europa).

... pero no avancemos acontecimientos.

1970: «Las Crisis aún no han Terminado...»

Después de la Segunda Guerra Mundial, el sistema capitalista parecía que había conseguido, por fin, vencer su tendencia a las crisis. La producción había aumentado de forma considerable, gracias sobre todo al avance tecnológico. Sin embargo, la demanda también se había incrementado de forma constante, lo

que había evitado las crisis. Además, la productividad aumentaba, lo que hacía bajar los precios y permitía a los trabajadores un incremento de su capacidad adquisitiva.

No obstante, en 1970 todo cambió. El proceso que había permitido el crecimiento de las dos décadas anteriores chocó, como el Titanic, con un iceberg de considerables dimensiones: la subida de las materias primas, sobre todo el petróleo, provocó el aumento de los costes de las empresas y estos fueron trasladados a los precios de venta al público. Esta concatenación afectó a los beneficios empresariales e implicó la reducción de los salarios reales y con ello, del poder adquisitivo. A ello, se añadía un nuevo problema: el mundo había sido invadido de dólares —debido al gasto militar y a las importaciones americanas— y el sistema financiero internacional no podía absorber tal magnitud con un sistema de tipos de cambio fijo (el denominado sistema de Bretton Woods).

La crisis de los setenta fue muy distinta a la experimentada en los años treinta. Mientras que en la década de 1930 la demanda se colapsó, en los setenta se produjo lo contrario: había un exceso de demanda. En consecuencia, las medidas a adoptar para salir de la crisis no podían ser las mismas, pero ¿podían ser las contrarias?

1980: «Todos somos monetaristas»

La contrarrevolución monetaria había empezado en los sesenta y recorrió un largo camino hasta restablecer las virtudes de los mercados libres y la economía clásica. La principal fuerza que lideró esta revolución contra el keynesianismo fue la Escuela de Chicago, con Milton Friedman a la cabeza. Se especializó en política monetaria y la teoría cuantitativa del dinero. Sus teorías fueron especialmente atractivas en un período de elevadas inflaciones. Además, en una escala más filosófica, la investigación monetaria de Friedman rechazó uno de los pilares de la economía keynesiana; a saber: que el sistema capitalista era inheren-

temente inestable y que podía permanecer indefinidamente por debajo del pleno empleo a no ser que el gobierno interviniera incrementando la «demanda efectiva» y de esta forma restablecer la vitalidad de la economía. Friedman escribió que «la depresión, lejos de ser un fallo del mercado, es un trágico fallo del gobierno» (Friedman, 1982 [1962]: 172). Llegó a la conclusión: que si el sistema monetario era estable, y los precios y salarios permanecían flexibles, el sistema de la libertad natural de Smith podía tener lugar. En oposición a Keynes, Friedman pensaba que el modelo neoclásico representaba la «teoría general» y que sólo una perturbación monetaria ocasionada por el banco central o el gobierno podía provocar el descarrilamiento del tren de la economía de libre mercado.

Además, se consolidaban dos tendencias que se habían iniciado en los setenta. Por un lado, la banca comercial empezaba a vender su riesgo de crédito a inversores en los mercados de capital; y por el otro, adoptaba sistemas complejos para medir dichos riesgos de crédito, a menudo basados en modelos computerizados importados de las «ciencias duras».

En 1976, en el segundo centenario de la *Declaración de Independencia* y de la publicación de *La Riqueza de las Naciones*, venía como anillo al dedo que Friedman ganara el Premio Nobel de Economía; como así fue. Sólo una frase de uno de sus muchos best-sellers es necesaria para entender su pensamiento: «La mano invisible ha hecho más por el progreso que la mano visible por el retroceso» (Friedman, 1982 [1962]: 200).

Esa visión teórica junto a otros desarrollos (comunicaciones, internet) y acontecimientos (caída del muro de Berlín, 1989), así como determinados planteamientos políticos (Reagan en los Estados Unidos y Thatcher en Inglaterra) ayudaran en sobremana a pensar que «el mundo es plano»¹² (Friedman, 2005).

¹² «*The World is Flat*» es el título de un libro de T. FRIEDMAN. El «aplanamiento» del mundo es una metáfora de la globalización.

1990: «¡Vive la Globalisation!»

El fenómeno de la globalización de las economías nacionales ha constituido el fenómeno más importante que ha tenido lugar en el último cuarto del Siglo XX. La globalización puede entenderse como un proceso o como el resultado de este proceso.

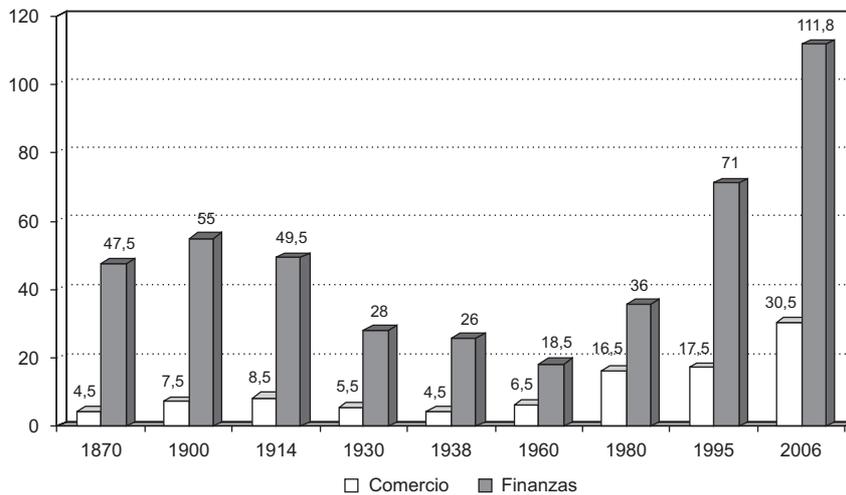
La globalización es «el nombre genérico con el que se conoce actualmente a un conjunto de fenómenos socioeconómicos relacionados entre sí, que han implicado una interdependencia funcional entre sociedades distintas y alejadas geográficamente» (De Sebastián, 2002: 14). Aunque se hable de este «conjunto de fenómenos», el campo o sector donde la globalización ha sido más evidente y ha gozado de mayor fuerza ha sido el de los mercados financieros (véase Gráfico 2). Esta afirmación es de gran trascendencia puesto que en ellos se determinan las condiciones generales para todas las economías particulares del mundo (de Sebastián, 2002). Además, una crisis de los mercados financieros, como la que se observará más adelante, se contagiará con rapidez a todos los rincones del planeta. Sin embargo, esta globalización no es una red equilibrada de mercados financieros similares o simétricos; sino que el mercado financiero de los Estados Unidos es el mayor y más influyente de todos, por lo que cualquier estornudo (léase *hipotecas subprime*) puede provocar neumonías en el resto de países del mundo (léase *crisis financieras, económicas y sociales*).

6. El capitalismo del Siglo XXI: «no se vayan todavía, aún hay más...»

El 2001 fue un año *trufado* de acontecimientos relevantes para el desarrollo de esta historia. Se produjo la crisis del Nasdaq —también denominada explosión de la burbuja de internet—, escándalos corporativos —como el caso Enron— y el ataque terrorista a las torres gemelas y al pentágono del 11-S. La Reserva Federal (FED), con Alan Greenspan a la cabeza, decidió una drástica reducción del tipo de interés —bajó en dos años el precio del

GRÁFICO 2

COMERCIO (EXPORTACIONES COMO PORCENTAJE DEL PIB) Y FINANZAS (ACTIVOS EXTERNOS NETOS COMO PORCENTAJE DEL PIB) MUNDIALES



FUENTE: WEO 9/02, 4/05 y 10/07.

dinero del 6,5 por 100 al 1 por 100—. Esta política fue seguida por el Banco Central Europeo y el resto de autoridades monetarias del mundo con el objetivo de evitar una recesión. No obstante, ésta no sólo no se dio, sino que la actividad económica mundial inició un ciclo expansivo impulsado por las economías de Estados Unidos y los países emergentes asiáticos (China, India...).

Los bajos tipos de interés junto a una política monetaria laxa generaron un exceso de liquidez mundial que se trasladó, a través de los mecanismos de crédito, hacia los mercados bursátiles e inmobiliarios. Así, las economías domésticas estadounidenses pudieron acceder a los préstamos inmobiliarios. La presión de la demanda de vivienda residencial impulsó la continua revalorización del activo inmobiliario. Éste actuaba como garantía del apalancamiento en sucesivas renovaciones de la financiación hipotecaria. La fiesta parecía no tener fin. No obstante, la concesión de hipotecas reducía el caudal de las entidades financieras. ¿Cómo solventarlo?

En primer lugar, se acudió a bancos extranjeros para que prestaran el dinero. La creciente globalización e integración financiera, que se ha observado en el apartado anterior, permitía este tipo de flujos, impensables sólo unos años antes. En segundo término, surgió la titulización. El agente originador transmutaba los créditos hipotecarios en paquetes denominados MBS (*Mortgage Backed Securities*) u obligaciones garantizadas por hipotecas que vendía a terceros. Con ese producto financiero se conseguían dos cosas: mezclar los préstamos buenos con los malos y mejorar la ratio caja/créditos concedidos, por lo que podía seguir operando bajo la misma lógica indefinidamente. ¿Pero quién compraba los MBS? Básicamente fondos (*hedge funds*) creados por los bancos. De esta forma, dado que no son sociedades, no tenían la obligación de consolidar sus balances con los del banco matriz.

Y, ¿de dónde obtenían el dinero los fondos? Básicamente mediante créditos de otros bancos o contratando

los servicios de bancos de inversión para vender los MBS a fondos de inversión, sociedades de capital riesgo, financieras, sociedades patrimoniales, fondos de pensiones. Por tanto, el factor de apalancamiento era muy elevado y todavía fue incrementándose hasta niveles desconocidos anteriormente.

Sin embargo, para poder producirse la venta y por tanto, la diversificación del riesgo, faltaba un paso intermedio; los MBS tenían que ser calificados por las agencias de *rating*. Éstas otorgaron excelentes calificaciones crediticias lo que diluyó los riesgos de iliquidez y facilitó dicho apalancamiento.

Esta transmisión y diversificación del riesgo crediticio dispó todavía más los incentivos de las entidades prestadoras a realizar un seguimiento de sus clientes hipotecarios. Los bancos y *brokers* originadores incurrieron en riesgo moral (*moral hazard*), al esperar un elevado retorno si los préstamos eran pagados y soportar sólo la pequeña pérdida de los primeros impagos en caso de que los préstamos titulizados devinieran fallidos. El capital reputacional que se exponían a perder era insignificante, o al menos, eso pensaban inicialmente.

La crisis financiera que apareció en el agosto del 2007, se fue trasladando paulatinamente a la economía real. El escenario de recesión mundial estaba servido puesto que a la recesión de la economía americana, siguió la europea, y empieza a dejarse notar, mientras se escribe este artículo, en los países emergentes. El avanzado grado de globalización de la economía mundial de principios del Siglo XXI ha provocado una rápida transmisión de las perturbaciones a través de las distintas áreas económicas, generando una crisis de magnitud y duración todavía inciertas, pero, sin duda, de las más profundas de las últimas décadas. ¿Será el fin del denominado sistema capitalista?

7. Paso a paso... ¿Qué es el capitalismo?

La cuestión es un problema profundo y complejo puesto que no existe ninguna claridad conceptual cuando se trata de definir los elementos irreductibles de este

sistema económico. Fernand Braudel, por ejemplo, en su gran obra sobre la vida económica, *Civilización y Capitalismo* (1984), menciona el vocablo capitalismo sólo de pasada en el primer volumen (de tres). En el segundo, explica la etimología de capital y capitalista; pero no de capitalismo. Finalmente, evita explícitamente la definición del término en el tercero, donde el capitalismo aparece como un conjunto de actividades comerciales y de intercambio, pero lejos en cualquier sentido de un sistema claramente definido de orden social. O Heilbroner habla del «mundo de los negocios» (*business world*) porque «la presencia de las empresas y de las prácticas mercantiles constituye el capitalismo del día a día» (Heilbroner, 1985: 25), o de la «sociedad industrial moderna».

Sin embargo, un elemento común a todas las definiciones es la obtención de riqueza de las actividades productivas de la sociedad *en forma de capital* como fuerza motora. Además, esa riqueza obtenida puede utilizarse de varias maneras pero no como un fin en sí mismo sino como un medio para acumular más riqueza. Así, el objetivo esencial de este sistema económico es la acumulación del capital.

Luego, ¿qué es el capital? ¿Máquinas y fábricas (capital físico)?, ¿dinero (capital financiero)?, ¿personas (capital humano o capital intelectual)? Marx —como economista su descripción de las esferas me parece muy valiosa para la comprensión de este concepto— inicia su argumentación en base a un proceso de circulación del tipo mercancía (M)-dinero (D)-mercancía (M'), que representa que el intercambio de mercancías a consecuencia de la especialización en el trabajo y donde el dinero sólo sirve como medida de cambio. Pero el capitalista empieza a ver el mundo distinto, concretamente en términos de «hacer dinero» más que «producir bienes y servicios». Luego, el proceso deviene D-M-D'; el comerciante usa su dinero (capital) para producir bienes (M), que a su vez son vendidos por más dinero (D'). Finalmente, el sistema de mercado avanza un paso más y la variable mercancía no entra en la foto. D-D' donde se refleja el mercado financiero o de capitales. En conse-

cuencia, el capital no es algo material sino un proceso; y en el centro del mismo está la relación social entre los propietarios de bienes y dinero (como representaciones del capital) y los que lo utilizan en la actividad productiva. La característica central y esencial de esta relación radica en el derecho de exclusividad, y por tanto, en el significado de propiedad; es decir, en que los propietarios pueden legalmente rechazar que sus propiedades sean utilizadas por otros para según qué fines. Por tanto, la institución de la propiedad privada es el otro elemento común a las definiciones del capitalismo.

Otra característica que aparece ampliamente en la literatura es el sistema de mercado. Pero ¿qué es un sistema de mercado? Una posible definición sería que es uno en el que las actividades económicas son realizadas por las personas *libremente* respondiendo a las oportunidades, necesidades y desafíos del mercado; y por lo tanto, no establecido por rutinas o por los dictados de alguien (Heilbroner, 1985). En ese sentido, se debería hacer referencia al concepto de libertad económica; pero ya desde sus inicios ha existido una tensión entre el *laissez-faire* y la intervención. Por ejemplo, pocos años después del concepto de la mano invisible, se dictó la *English Factory Act* (1833), en la que se establecía un sistema de inspectores para prevenir el abuso de menores y mujeres en el trabajo. Por tanto, si bien el sistema de mercado podría ser una característica definitiva, no es posible definir con precisión su contexto.

En resumen, los elementos irreductibles del sistema capitalista serían:

- La titularidad privada de los medios de producción.
- La acumulación del capital como objetivo esencial.

8. El futuro: ese país desconocido

El presente artículo se iniciaba repasando la finalidad que asignaba Adam Smith al sistema económico. Ésta consistía en proveer a una sociedad democrática y liberal, un «sistema de libertad natural», donde la economía, la política y la religión pudieran maximizar su utilidad a través de la libertad, dentro de unos fundamentos

morales proporcionados por las leyes, las costumbres y los valores.

Smith representaba la visión optimista de esta ciencia con su tesis de que no solamente era compatible el interés privado con el interés general, sino que la mejor manera de servir a éste era dejar el interés privado en total libertad y estimular los instintos de apropiación privada.

Sin embargo, Marx discrepaba de este optimismo. Le parecía evidente que, visto desde el lado del obrero, las cosas no resultaban tan prometedoras.

Las crisis hasta el Siglo XIX, a pesar de tener graves consecuencias, no tenían un fuerte impacto en la economía debido al poco grado de intervención en las unidades económicas. El crecimiento de la producción possibilitó un incremento de los vínculos intersectoriales que, en caso de crisis, facilitaban el contagio a toda la economía. Esa tendencia a la sobreproducción era, según Marx, la que generaba unos círculos viciosos que conducían a la bancarrota de las empresas y a un elevado nivel de desempleo. Paradójicamente eran esas crisis las que hacían posible el mantenimiento del capitalismo porque eliminaban las presiones de la sobreproducción y hacían posibles esos círculos viciosos (Marx, 2005 [1848]). En cualquier caso, hasta la crisis del 29 y la Gran Depresión de la década posterior (1929-1939) no hubo ninguna crisis lo suficientemente fuerte como para que el sistema económico capitalista viera sus cimientos removidos y las predicciones de hundimiento del sistema se cimentaban en aspectos teóricos.

La Gran Depresión provocó la aparición de un nuevo conjunto de medidas destinadas a que aquello no volviera ocurrir. Hasta ese momento, los gobiernos reducían su gasto o aumentaban su presupuesto siguiendo los dictados del sistema monetario internacional; sin embargo, John Maynard Keynes sostenía que los gobiernos podían contrarrestar la tendencia aumentando la demanda agregada de la economía.

Keynes, fue un economista que preveía que el mundo evolucionaría hacia un punto de acumulación infinita del capital. Keynes creía que expansionando progresivamente el crédito se promovería el pleno empleo y que el

problema económico universal de la escasez sería finalmente superado. En *La Teoría General* transmite la idea que el nivel de actividad económica en un sistema capitalista es determinado por la voluntad de sus emprendedores de realizar inversiones de capital (Keynes, 1997 [1936]). Cada cierto tiempo, esa voluntad se ve limitada por consideraciones que hacen que la acumulación de capital sea difícil o imposible. En el modelo de Adam Smith era la posibilidad que los salarios aumentaran de manera demasiado rápida, y la teoría de Karl Marx señalaba las dificultades en cada etapa del proceso. Sin embargo, a diferencia de Smith y de Marx que pensaban que el error en la acumulación de capital podía ser temporal, Keynes creía que podía ser estructural. Por tanto, dado que el sistema de mercado no tenía ninguna propiedad autocorrectora para mantener el crecimiento del capitalismo, el gasto del Estado podía ser una política económica esencial para que una economía en recesión recobrara su vitalidad.

La aplicación de las políticas keynesianas así como otros factores subyacentes fueron las fuentes de una estabilidad sin precedentes después de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, ese espejismo duró 25 años; hasta 1970. Sin embargo, esta crisis también se superó y a mediados de los años ochenta, las circunstancias que la habían provocado parecían bajo control: la inflación había retrocedido hasta límites tolerables, la oferta de petróleo era abundante y los bancos centrales parecían finalmente atinar en la dirección de la economía (Krugman, 2008). En esos momentos, aparece la maximización del valor del accionista (*shareholder value*) como piedra angular o guía en los negocios —lo que North calificaría de institución informal—. Así, Jack Welch, en un famoso discurso que tuvo lugar en el Hotel Pierre de Nueva York (8 de diciembre de 1981), hablaría de la necesidad de incrementar los beneficios y dividendos de cada cuatrimestre como objetivo a corto plazo de la empresa con el fin de recompensar a los accionistas; Alfred Rappaport escribiría que «el test definitivo de la

estrategia corporativa es si ésta crea valor económico para los accionistas o no» (Rappaport, 1986: 52).

Finalmente, hemos sido protagonistas de la crisis económico-financiera actual. ¿Será este el fin del sistema capitalista?

El sistema económico capitalista ha sufrido, a lo largo de la Historia, numerosas crisis financieras y económicas; y de todas ellas ha salido renovado y fortalecido. Pero ¿qué es el capitalismo? El concepto del capitalismo y la mecánica del sistema capitalista han sido interpretados de muchas maneras. Por ejemplo, hoy en día «el capitalismo autoritario» de China combina la apertura de mercado con el estricto control policial y social, y tiene poco que ver con el denominado capitalismo americano o el europeo. No obstante, todos los regímenes capitalistas parecen caracterizados por dos elementos: la propiedad privada de los medios de producción y la acumulación de capital como objetivo motriz del sistema. ¿Sobrevivirán éstos la presente crisis? o ¿deberán modificarse y con ellos el sistema?

La presente crisis ha tenido numerosas causas necesarias (exceso de crédito, diseño de incentivos perversos, conflictos de intereses,...) pero si se buscara la causa suficiente sería la no alineación de las instituciones formales con las informales. Paradójicamente un sistema que se basa en la propiedad privada ha sufrido una crisis provocada por unos agentes que no eran los propietarios del capital, como mínimo de forma legal; aunque procedieran con toda libertad como si lo fueran. Sin embargo, ni la propiedad privada ni el objetivo del sistema parecen estar, mientras se escriben estas líneas, en entredicho. Esto es así porque probablemente se producirá una modificación de las instituciones formales para ajustarlas a las instituciones informales. Esta solución no es en absoluto novedosa. Se produjo con los pasos del capitalismo mercantil, al industrial; y del industrial al financiero. Ahora sólo cabe esperar a conocer cuál será el «nuevo» calificativo que recibirá el «viejo» capitalismo.

Referencias bibliográficas

- [1] BRAUDEL, F. (1984): *Civilization and Capitalism*, 3 vols., Nueva York, Harper & Row.
- [2] BLAUG, M. (1985): *Great Economists since Keynes*, Cambridge, Cambridge University Press.
- [3] BLAUG, M. (1986): *Great Economists before Keynes*, Atlantic Heights, Humanities Press International.
- [4] BLAUG, M. (1999): *Who's Who in Economics*, 3.ª edición, Cheltenham, Edward Elgar.
- [5] FRIEDMAN, M. (1982) [1962]: *Capitalism and Freedom*, Chicago, University of Chicago Press.
- [6] FRIEDMAN, TH. (2005): *The World is Flat. A Brief History of the Globalized World in the 21st Century*, Nueva York, Penguin Books.
- [7] GALBRAITH, J. K. (1997) [1955]: *The Great Crash. 1929*, Nueva York, Mariner Books.
- [8] GALBRAITH, J. K. (1987): *Economics in Perspective. A Critical History*, Boston, Houghton Mifflin.
- [9] HARRINGTON, M. (1976): *The Twilight of Capitalism*, Nueva York, Simon & Schuster.
- [10] HEILBRONER, R. L. (1985): *The Nature and Logic of Capitalism*, Nueva York, W. W. Norton & Company.
- [11] HEILBRONER, R. L. (1999): *The Wordly Philosophers*, 7.ª edición, Nueva York, Simon and Schuster.
- [12] KAGARLITSKY, B. (1999): *The Twilight of Globalization: Property, State and Capitalism*, Londres, Pluto Press.
- [13] KEYNES, J. M. (1976) [1931]: *Essays in Persuasion*, Nueva York, W. W. Norton.
- [14] KEYNES, J. M. (1997) [1936]: *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Nueva York, Prometheus Books, Great Minds Series.
- [15] KRUGMAN, P. (2008): *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008*, Nueva York, W. W. Norton.
- [16] MAGDOFF, H. y SWEEZY, P. M. (1977): *The End of Prosperity*, Nueva York, Monthly Review Press.
- [17] MARX, K. (2005) [1848]: *Manifiesto Comunista. (Manifest der Kommunistischen Partei)*, Madrid, Alianza Editorial.
- [18] MILL, J. S. (1977) [1848]: *Principles of Political Economy*, Nueva York, Prometheus Books, Great Minds Series.
- [19] MILL, J. S. (1977) [1859]: *On Liberty*, Cambridge, Cambridge University Press.
- [20] NORTH, D. C. (1990): *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*, Cambridge, Cambridge University Press.
- [21] RAPPAPORT, A. (1986): *Creation of Shareholder Value*, Nueva York, Simon & Schuster.
- [22] RICARDO, D. (1996) [1817]: *On the Principles of Political Economy and Taxation*, Nueva York, Prometheus Books, Great Minds Series.
- [23] SCHWEICKART, D. (1996): *Against Capitalism*, Boulder, CO, Westview Press.
- [24] SEBASTIÁN, L. DE (2002): *Un mundo por hacer. Claves para comprender la globalización*, Madrid, Editorial Trotta.
- [25] SKIDELSKY, R. (2003): *John Maynard Keynes: Economist, Philosopher, Statesman*, Nueva York, Penguin Books.
- [26] SKOUSEN, M. (2007): *The Big Three in Economics*, Nueva York, M. E. Sharpe.
- [27] SMITH, A. (2000) [1776]: *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Nueva York, Modern Library.
- [28] SMITH, A. (1976) [1759]: *The Theory of Moral Sentiments*, Ed. D. D. Raphael y A. L. Macfie, Oxford, Oxford University Press, Liberty Classics.
- [29] WEST, E. (1976): *Adam Smith, The Man and His Works*, Indianápolis, Liberty Press.